

VIDA RELIGIOSA Y POSMODERNIDAD REDESCUBRIR LA DIMENSIÓN TEOLOGAL

¿Es posible la vida religiosa en tiempos de posmodernidad? ¿Lo es para nosotros, religiosos adultos? Parece urgente descubrir, desde nuestro propio contexto sociocultural, la conexión inmediata entre experiencia de Dios y votos, si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza, si queremos que nuestras vidas sean para los adolescentes y jóvenes, situados en la provisionalidad y la fragilidad, signos de que la fidelidad es posible.

Proyección 228 (2008)

Con dudas e inseguridades, con mucha buena voluntad y no poco cansancio, nosotros, religiosos adultos, mantenemos nuestros compromisos y creemos todavía en la validez de la misión. ¿Y Dios? ¿Es la clave de nuestra vida, su experiencia fundante? ¿Está enraizada la experiencia de Dios en las entrañas de nuestro ser?

Sin pasión por Dios no es posible seguir la llamada vocacional ni la fidelidad. Sólo desde una vi-

tal experiencia de Dios nos podemos enfrentar, con lucidez y discernimiento, a la lógica de la posmodernidad. En ella se dan valores humanizantes, pero también propuestas de experiencia que no podemos aceptar. No podemos vivir por inercia o rutina. El seguimiento de Jesús nos exige un descubrimiento de Dios Padre como valor supremo de la existencia en unos tiempos en los que parece que Dios se desvanece.

TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE EN EL AIRE: ¿TAMBIÉN DIOS?

Así lo formulaban Marx y Engels en el Manifiesto Comunista. Para los pensadores posmodernos la fragmentación y el pluralismo son el destino insuperable del hombre de hoy, asediado de sospechas frente a los grandes rela-

tos. Los “grandes relatos”, las visiones integradas de la realidad, como el idealismo, el comunismo, el cristianismo... que dan cohesión social y legitiman los sistemas de valores, ya no tienen credibilidad, sean relatos especulativos

o de emancipación. Para F. Lyotard, los “grandes relatos”, los intentos universalizantes por explicar y dominar la realidad han sido causa de terror y no hay que echarlos de menos.

La sociedad actual vaga sin un horizonte fijo, porque se ha perdido la fe en el progreso y en el sentido liberador de la historia, porque los grandes relatos han quedado deslegitimados, porque Dios parece desvanecerse. La brújula es inútil, y sólo nos sirve el radar para evitar choques irremediables. Para la posmodernidad es vano todo intento de dar un sentido global o religioso a la vida, que busque una finalidad última a la realidad, como expresión de una voluntad divina.

A vivir, que son dos días

Se vive en el presente, sin preocuparse del pasado y del futuro, sin ningún sentido histórico. El individuo posmoderno no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones pueden cambiar al instante. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo y lo más esotérico, lo viejo y lo nuevo, la vida simple y ecologista como la hipersofisticada; ya ninguna ideología política o religiosa parece capaz de entusiasmar a las masas. La sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni imagen gloriosa de sí misma. Parece reinar el vacío, un vacío dulcificado por el hedonismo, pero sin

tragedia ni apocalipsis. Con la imagen del “desierto” G. Lipovetsky intenta expresar esa inmensa ola de “desinversión” por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se están vaciando progresivamente de sustancia: una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en un organismo abandonado.

El saber, el poder, la religión, el trabajo, el ejército, la familia, las iglesias, los partidos... han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles, y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada. Y, sin embargo, el sistema funciona porque está en manos de “los expertos”, que son los únicos que todavía intentan inyectar sentido allí donde sólo reina un desierto apático, porque la necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia puede desplegarse sin patetismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores. El individualismo lo absorbe todo: cuidar la salud, mantener los ingresos adecuados, desprenderse de complejos, esperar las vacaciones. Es posible vivir sin ideal, sin objetivo trascendente, sin Dios, con placidez y sin dramatismo.

Y de compromisos definitivos, nada de nada

En la posmodernidad la oposición entre sentido y sinsentido ya no es desgarradora. Pierde radica-

lismo ante la frivolidad ambiental, la banalidad efímera de la moda, las ofertas de ocio, los juegos caprichosos y volubles de la publicidad. Las antinomias duras entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo, entre lo real y lo ilusorio pierden fuerza y se esfuman.

Hombres y mujeres posmodernos son como muebles modulares conformados a partir de elementos desmontables. Un ser sostenido por diversas lógicas, inseguro ante los principios, pero siempre disponible para las alianzas cambiantes y la obligada plasticidad del corazón. El talante posmoderno tiene así un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia que a todos nos parece refrigerante, una superficialidad agradable que facilita el rápido juego de encuentros y desencuentros, de lágrimas fáciles y consuelos vertiginosos. Es un mundo líquido, que aborrece todo lo sólido y durable, todo lo que no sirve para el consumo instantáneo. Cargarse de compromisos inquebrantables supera toda capacidad y voluntad de negociación, porque supone renunciar a las nuevas y numerosas oportunidades que aparecen por

todas partes. En la sociedad actual, la relación personal es un producto más de consumo inmediato y, por tanto, fácilmente descartable.

La “elección radical” de la época de la instantaneidad significa buscar gratificación evitando las consecuencias y, particularmente, las responsabilidades que esas consecuencias puedan involucrar. La duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto. La moderna razón líquida contempla los compromisos definitivos como una verdadera amenaza; los vínculos duraderos despiertan la sospecha de una dependencia paralizante. Las ataduras vuelven “impuras” las relaciones humanas que, como cualquier producto, están destinadas a la satisfacción instantánea, mientras se mira de reojo la fecha de caducidad. “La palabra clave de la estrategia de vida es ‘ahora’, sin importar los alcances de esa estrategia ni lo que pueda implicar. En un mundo incierto e impredecible los trotamundos hábiles harán lo imposible para imitar a los felices “globales” que viajan livianos; y no derramarán demasiadas lágrimas al deshacerse de aquello que obstaculiza sus movimientos” (Z. Bauman, *Modernidad líquida*).

DESCUBRIR EXISTENCIALMENTE EL PRIMADO DE DIOS EN NUESTRO PROYECTO DE VIDA RELIGIOSA

Todo proyecto personal pone en tensión mi persona y sus posibilidades, con un discernimiento

cuidadoso que me guíe en el planteamiento y realización de ese proyecto. Eso supone una jerarquía de

valores, con un valor central vertebrador, enraizado en la profundidad de la afectividad, de forma que sea capaz de comprometer la libertad. Cuando logramos contemplar toda la existencia a la luz de una razón, un valor, sabemos lo que somos y lo que queremos, hacemos nuestra opción fundamental.

El proyecto ha de ser articulado en función de tres fidelidades básicas: a) La fidelidad a sí mismo, aceptando posibilidades y limitaciones; b) la fidelidad al valor que da coherencia y sentido a la propia existencia: el Reino de Dios en el seguimiento de Jesús en el marco del carisma propio; y c) la fidelidad a la situación histórica, a las personas que conviven conmigo.

Todo esto conlleva un proceso complejo de búsqueda, de renuncia, de discernimiento. Pero el proyecto personal no puede ser el resultado de un afán perfeccionista y voluntarista, o la consecuencia inconsistente de un idealismo narcisista. Debe ir surgiendo como fruto maduro de una libertad, que se deja guiar por el Espíritu de Dios, cuando la experiencia de Dios está anclada en nuestras entrañas, y cuando nuestra oración es el eco del mismo Espíritu que clama en nosotros: ¡Abba, Padre!

Nuestro proyecto como religiosos está sostenido por el compromiso de los votos que define la forma de nuestro seguimiento de

Jesús. Pero hoy urge descubrir la conexión inmediata entre experiencia de Dios y votos, si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza.

La dimensión teológica de la pobreza evangélica

¿Qué sentido tiene hoy nuestro voto de pobreza en una sociedad del bienestar y de la abundancia, del hedonismo, del omnipresente mercado bajo el influjo del neoliberalismo? ¿Es la ascética o la renuncia el elemento decisivo del voto de pobreza? ¿O nos quedamos tranquilos con una espiritualización de la pobreza en medio del consumismo y afán de riquezas?

Sin la experiencia de la confianza en Dios, es decir, sin dimensión teológica, la pobreza carece de sentido evangélico. La pobreza voluntaria será un gesto de purificación ascética, de espíritu crítico que en nada se parece a la pobreza de Jesús. Ésta fue adhesión incondicional a la voluntad del Padre y, en consecuencia, cumplimiento fiel de la misión encomendada por el Padre. Por tanto, si nos quedamos sólo en la dimensión económica, difícilmente podemos hablar del voto de pobreza. Nos tenemos que decir bien claro que los pobres no somos nosotros. Si no nos lo decimos, nos mentimos y las palabras no dicen nada.

¿Qué significa la pobreza en el proyecto de Jesús? La pobreza real en la que vive Jesús, su actitud de desprendimiento afectivo y efectivo manifiesta esta confianza en Dios. Renuncia al poder, a la fuerza y al bienestar. Jesús no es un asceta o un profeta rigorista como Juan Bautista. No desprecia los bienes de la tierra, ni se comporta como un filósofo cínico. Jesús tiene una pasión absoluta: el Reino de Dios, DIOS que se acerca al hombre como salvación y misericordia. Todo lo demás es secundario.

La pobreza evangélica ha de entenderse como consecuencia de una fe en Dios y desde ahí como compasión con los demás, como disponibilidad total. Frente al sistema social y religioso de su época, Jesús no tomó una postura neutra o indiferente. Acogió a los excluidos del sistema, a publicanos, leprosos, prostitutas... a los pobres. En Jesús su pobreza va unida a la misericordia.

No se reserva nada; da su vida. Y así vive liberado de ataduras y cadenas, de preocupaciones por el tener o el poseer. Su libertad está anclada en Dios. No desprecia las realidades terrenas. Habla con cariño de ellas, no les son indiferentes. No se deja subyugar por nada ni por nadie. Jesús necesita pocas cosas para vivir y éstas las necesita poco. Su única preocupación es hacer la voluntad del Padre.

Celibato y primado de Dios

Comprender el celibato simplemente de una manera funcional, como una forma de vida que facilita la disponibilidad para la misión, significaría diluir el primado de Dios en múltiples causas humanistas. Cuando las causas (los pobres, los enfermos, los jóvenes, la educación...) pierden interés vital por cansancio, frustración, desgaste de la edad, el celibato se queda sin referencia, porque no se ha comprendido que su fuente es la experiencia singular del amor de Dios. Sin pasión por Dios el celibato evangélico cuelga en el vacío.

Sin el encuentro existencial con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, sostenido por la fuerza del Espíritu Santo, que me convoca en la historia, llamándome por mi nombre, no es posible el celibato por el Reino. Supone ofrecimiento de la propia persona y de su historia, afectividad centrada en Él como valor supremo de la existencia.

El proceso interior que descubre el celibato como valor religioso y existencial se desarrolla desde la libertad, bajo el influjo de la gracia del Espíritu, haciendo que la afectividad y la inteligencia se abran a la realidad del amor en la vida concreta. La persona y la vida de Jesús sólo son comprensibles a la luz de la experiencia única y singular del amor absoluto del Padre que lo trasciende todo. Co-

mo Jesús, que se entrega a una misión en la que empeña todas sus energías y también su futuro y su vida. Pero lo decisivo es la relación afectiva e interpersonal con el Padre.

Centrar la vida en la relación personal con Dios no significa ceder al intimismo espiritual. Es comprender que en Jesús la pasión por Dios y la compasión por los demás están esencialmente entrelazadas. Pero lo decisivo es la pasión por Dios: “¡Oh Dios, Tu eres mi Dios!” (Sal 63)

La obediencia como reconocimiento de la prioridad de Dios en la vida cotidiana

La obediencia evangélica es, como expresión de fe y de amor, el corazón de la vida teológica. *Ob-audire*: estar a la escucha de la voluntad de Dios. Por eso es impensable un proyecto de vida religiosa que no tenga como fundamento la fe, la experiencia de Dios.

Jesús vive la obediencia a la voluntad del Padre en la inseguridad y en la búsqueda, y sintiendo resistencia interior frente a su fracaso total y a su desenlace mortal, experiencia decisiva que vive en toda su crudeza en Getsemaní. Aquí palpamos el fracaso existencial de Jesús ante el silencio de Dios. Es una secuencia narrativa de gran complejidad espiritual: en

el desierto del fracaso definitivo, en la incertidumbre oscura y corrosiva, Jesús mantiene la obediencia y la fidelidad, y encuentra en el agujero negro de esa noche luz, consuelo y serenidad en la tortura psicológica de quien se siente ya condenado a muerte.

El misterio de la presencia de la ternura singular del Padre acontece en las tinieblas que caen sobre el corazón angustiado de Jesús. Es el momento de la verdad, del develamiento del Misterio, que no deja de ser misterio, ofreciendo al mismo tiempo luz y sentido en el naufragio definitivo de las ilusiones humanas de Jesús. En esta escena encuentro el fundamento de la vida religiosa, en una obediencia creyente a la que sólo le queda la seguridad de la fe: “Aun siendo hijo, aprendió sufriendo a obedecer” (Hb 5,8).

La obediencia evangélica significa buscar incesantemente la voluntad del Padre en el discernimiento personal y comunitario, que ha de tener lugar en una atmósfera de oración sincera y constante, con un corazón libre y disponible, atento a la escucha, y sabiendo reconocer las mediaciones desde un contexto creyente. Esa es la tarea de todos, de los responsables que mandan y de los responsables que obedecen, en un contexto social que enaltece la libertad personal, la autonomía y la independencia individualista.

EN TIEMPOS DE POSMODERNIDAD, SÓLO DIOS FUNDAMENTA NUESTRA FIDELIDAD Y ESPERANZA

Frente a la insoportable levedad del ser, la fidelidad de Dios

La posmodernidad nos ha marcado a fuego el sentido de lo provisional y transitorio, la sospecha ante los grandes relatos, las vinculaciones frágiles, ha vaciado de contenido la fidelidad: “Hoy te querré para siempre; mañana... no sé”. Frente a ese talante posmoderno, conviene dejar resonar en nosotros la palabra de Isaías: “Decía Sión: Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado”. ¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo nunca te olvidaré. Mira, te llevo escrita en la palma de mi mano” (Is 49, 14-16).

Nosotros confiamos en el amor infinito de Dios. Pero condicionados por el talante posmoderno, cuando pensamos en el futuro, nos preguntamos: en un mundo de cambios tan rápidos y profundos ¿puede un SÍ o un NO mantenerse para SIEMPRE? ¿Tendré siempre la misma ilusión, la misma claridad en el ideal que sostiene mi compromiso? ¿Y no me cansaré? ¿Será mi destino arrastrar mi compromiso como una pesada carga? ¿Cómo comprometerse por toda la vida en un clima así? Y tenemos miedo. Nos invade la inseguridad. La fidelidad nos parece imposible

o sólo posible a un precio demasiado alto. Confiamos en que el Señor de la historia sea también el Señor de mi futuro. Pero no encontramos el remedio a nuestra inseguridad psicológica. Quizás haya que aceptar la pobreza de nuestra fidelidad y la inevitable inseguridad que nadie nos puede aliviar.

Nos ha tocado vivir en una situación social y cultural compleja, que ya para nosotros es también signo de la misteriosa providencia de Dios. La fidelidad es posible porque el fundamento de nuestra fidelidad no son nuestras cualidades ni nuestro esfuerzo voluntarista, sino la fidelidad de Dios. La fidelidad sólo es posible a partir de la fe, de una fe viva y confiada. Por tanto, los límites de nuestra fe son también los límites de nuestra fidelidad. Y la pobreza de nuestra fe es la causa de la pobreza de nuestra fidelidad.

Frente a la insoportable levedad del ser que sienten nuestros destinatarios jóvenes, y también no pocos religiosos jóvenes, la historia de fe de un religioso adulto es una confesión viva de que existe la densidad en la existencia, de que hay valores por los cuales es posible comprometerse definitivamente. Puede mostrarles que la libertad no se realiza simplemente como espontaneidad, sino desde el compromiso de un amor concreto y realista, que limita esa libertad,

pero que la hace creativa y fecunda.

Frente al nihilismo desesperanzado, la experiencia de la esperanza teologal

La esperanza teologal tampoco resulta fácil. Exige abandono radical en las manos de Dios, reconocimiento de nuestra impotencia para lograr la salvación para nosotros y para el mundo. Y esto provoca en el camino rupturas, búsquedas, renunciaciones, frustraciones, el deseo de una conversión permanente. Sin el Espíritu no es posible la experiencia de la esperanza teologal, porque la certeza de la esperanza no es de carácter intelectual. No disponemos de ninguna seguridad tangible. Es fe, confianza última en el Misterio de Dios.

La esperanza no puede ser el fruto de una aventura individual. Es una experiencia personal en el seno de la iglesia, de la comunidad real y concreta. No es posible mantener la tensión de la espera sin la solidaridad de nuestros hermanos. De ellos recibimos aliento y consuelo. Pero la comunidad no evita que en esta espera paciente del Reino de Dios sintamos la soledad, la experiencia de nuestra fragilidad, la precariedad de nuestros proyectos, el cansancio que parece ahogar la esperanza.

La esperanza teologal necesi-

ta la reconciliación con la propia historia. El futuro, en último término, no es cuestión solamente de responsabilidad y colaboración. Es también experiencia de gracia, confianza en Dios, fruto de la esperanza teologal. Por esto la esperanza engendra en nosotros una actitud activa y pasiva: nos comprometemos como si Dios no existiera; pero al mismo tiempo sabemos que la salvación definitiva es don, gracia nunca merecida.

La vida es misteriosa: el fracaso no siempre significa pérdida, y el éxito no supone siempre ganancia. La aceptación del error, de la incertidumbre, de la opacidad de lo real que se nos impone, nos abre los ojos a la verdad de nuestro yo y genera procesos de maduración (reconocer necesidades y deseos, iluminar nuestros porqués, descubrir la vida como misterio de búsqueda, de renuncia y de entrega). Para el creyente, la lógica de lo humano, la argumentación fundante de proyectos y compromisos está también sostenida por la presencia misteriosa de un Amor infinito. Es el momento de la esperanza, esa virtud humilde que depende de la fe en la que se fundamenta, y cuya plenitud es el amor. Sin embargo, la fe y el amor la necesitan como atmósfera vital. La esperanza da a la fe el aliento para permanecer en la opción por Dios. Y el amor aprende de la esperanza la fidelidad, la fortaleza, la paciencia. El cristiano es el hombre del camino, peregrino siempre entre su pasado de bús-

queda y su futuro de libertad.

La esperanza teologal no tiene nada que ver con la despreocupación, con el desinterés indiferente. Al contrario: no se puede entender sin la solicitud, sin la compasión, sin el gozo de una creación que Dios ha encomendado al hombre.

¿Merece la pena poner la esperanza en Dios, ese misterio que se me escapa de las manos y me abandona en la soledad? ¿Puedo jugarme la vida por Algo o Alguien que contradice mi deseo de evidencia y de control? Sólo nos queda la confianza, la apuesta por un Misterio que sólo percibo cuando cierro lo ojos y abro el corazón. Por eso la esperanza es también desasimiento, dejando a Dios ser Dios. Por eso son los pobres los que realmente entienden la esperanza, los que en el límite de su existencia ponen sin más su confianza en el Padre que cuida de los pájaros del cielo y de las flores del campo. El pobre de espíritu tiene el secreto del vivir cotidiano: no agobiarse por el mañana, dejar a Dios ser Dios.

Conclusión

Nuestra vida es un proceso de maduración, al cual pertenecen la precariedad, la búsqueda, la incertidumbre. Y ese proceso exige en tiempos de posmodernidad, sensibilidad para percibir la situación y poder elaborar poco a poco un pen-

samiento complejo y bien trabajado, que evite simplismos, ingenuidad axiológica, evidencias engañosas. Un proceso estructurado con firmes fundamentos y convicciones humanas y religiosas.

La tarea vale la pena. Lo que realmente nos desconcierta es nuestra confusión y perplejidad existencial. No todo el mundo lo vive así en el ámbito de la vida religiosa. Hay gente que no se entera; hay personas que van a lo suyo al margen de lo que ocurre; hay otros que creen poder controlar casi todo. Si prestamos atención a los mensajes que nos llegan de la literatura, el cine, o los diversos análisis sociológicos, se palpa en el ambiente confusión y perplejidad...

¿Y nosotros? Cuando hemos llegado a cierta edad desde nuestra opción carismática, embarcados en opciones educativas y de compromiso con la justicia, con afanes voluntaristas y perfeccionistas, nos vemos ante retos que nos superan. Nos puede embargar una sensación permanente y difusa de insatisfacción, incluso de miedo. Y en la vida se mezclan gratificaciones y heridas, ideas brillantes y torpezas incomprensibles.

¿Y Dios? ¿Dónde está, después de tanto tiempo, el fundamento real de mi vida, de mi proyecto personal? ¿Qué fue de Él en mi vida? ¿Qué ha pasado con su presencia en mi quehacer cotidiano? ¿Sólo queda ante mí ese Misterio

oscuro e inasible? ¿Puedo empezar de nuevo? ¿Por dónde empezar? ¿Vale la pena?

Y podemos sentir la tentación de la huída. No hablo simplemente de abandonar la opción y la vida religiosa, aunque sería también posible. Es algo más sutil: “Mantengamos la máquina funcionando, mientras me repliego a mis cuarteles de invierno. O me refugio en el trabajo y en la responsabilidad. O me busco algún nido afectivo que me haga soportable la existencia. O reacciono enérgicamente para mantener el timón y sentirme seguro, mientras el escepticismo o el cinismo me dejan sin alma y, lo que es peor, sin razón...”

¿Qué hacer? Recuperar el centro, pero por los caminos de la autenticidad, de la humildad, de cierta paz que hunde sus raíces más allá de nuestro entramado psicológico. Esquemáticamente lo formu-

laría así: desde la visión más realista posible de lo que nos rodea, hago el esfuerzo de mirarme sin engaños en el espejo, reconociendo mi pobreza radical, para abrirme definitivamente a Dios.

Nuestro problema es teologal. Es el momento de la fe. A estas alturas de la vida sólo nos queda una alternativa: fiarnos de Dios, ponernos en sus manos como el niño que tiene miedo en la noche, descubrir a Jesús, al Jesús de Getsemaní, como Señor de nuestras vidas, dejarnos guiar sin resistencias inútiles por la luz del Espíritu. Esa alternativa creyente ha de partir de una serena aceptación psicológica de nuestras limitaciones, liberados de la compulsión de la imagen hacia fuera, reconciliados con nuestra biografía, con sus más y sus menos, dejando de lado perfeccionismos y voluntarismos, para abrirse paso hacia el abandono y la confianza definitiva en Dios.

Condensó: FRANCESC ROMA, S.J.